

“Resistir depende de dónde te pares, no de la fuerza”

El poeta y editor Matías Rivas publica “Referencias personales”, un conjunto de lecturas y reflexiones acumuladas por más de 15 años que buscan ser un espacio de calma en el ajeteo cotidiano.

Valeria Barahona

Una mente despierta aunque sin lluvia, una piscina cuyo frescor sobrevive a un incendio, reflejo de que un día hubo vida entre las ruinas grafica la cubierta de “Referencias personales. Lectura y autobiografía”, del poeta y editor Matías Rivas, conocido por sus columnas que rayan en el existencialismo y que ahora esboza ideas, por ejemplo, acerca de Emily Dickinson: “Sus poemas son especies de dibujos mentales, en otras ocasiones están compuestos por una serie de afirmaciones que sugieren latigazos. El deseo la sacude y deja temblando. Su amante es el Dios del Antiguo Testamento”.

O, en vista de la transversalidad de la política contemporánea, “los dramas de clase están fundidos con las relaciones sentimentales”, apunta el también responsable de Ediciones UDP (Universidad Diego Portales), quien luego describe su juventud “en calzoncillos, con una enciclopedia entre las manos y un plato de pan con manjar al lado; corriendo en las dunas, escapando de los pacos; tirando en un auto con los vidrios abajo en un garaje oscuro”.

Rivas describe “Referencias...” como algo “sincero, no es un libro con cálculos para llegar a ninguna parte, es un libro que está hecho por el placer de escribirlo”, gracias a que “me dieron esta oportunidad en Planeta y la aproveché porque es un libro en que, de alguna manera, no tuve que hablar de nada obligatorio, no estaba amarrado como a la poesía



“REFERENCIAS PERSONALES”

Matías Rivas
Seix Barral
148 páginas
\$17 mil

y esa tradición, tenía una libertad para articular mi propio ensayo, disfruté bastante haciéndolo”, agrega el autor de “Tragedias oportunas” y “Aniversario y otros poemas”.

—¿“Referencias personales” viene en la línea de “Interrupciones. Diario de lecturas”?

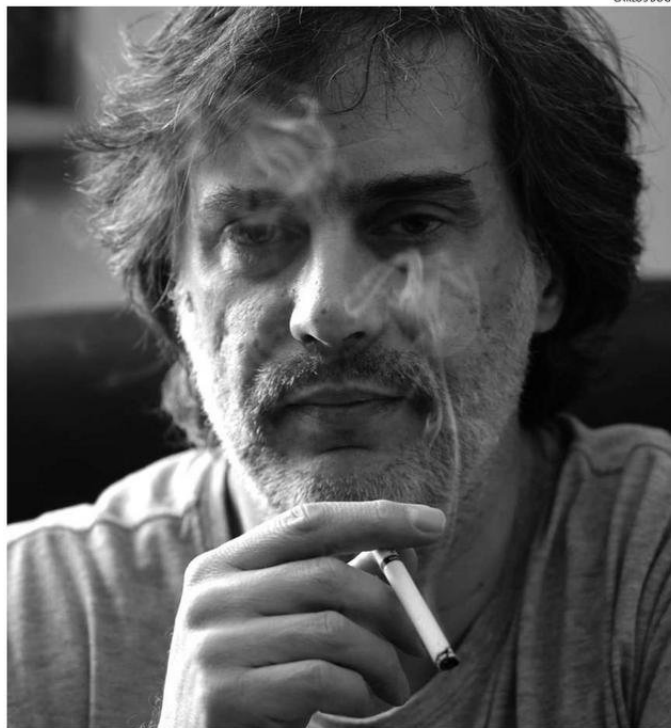
—Sí, pero acá hay más fragmentos de diarios de vida, creo que es más personal, aparecen elementos de mi vida privada que (en “Interrupciones” son) mucho más de costado, aquí es como más directo, hay algo autobiográfico entre medio.

El autor recuerda que “una vez tuve que tratar mi tiroides con yodo radioactivo. Me encerré veinte días en una casa solo y ahí empecé a escribir un diario, pensando hacerlo sólo sobre eso, en 2008, aunque ese

diario me duró bastante, hasta 2014, lo tengo guardado. Después he escrito pequeños diarios. También mi trabajo me obliga a tomar apuntes, para eso tengo distintas fórmulas, un diario, mails que me mando a mí mismo con una anotación, voy juntando esas cosas. Tengo unos archivos también. De repente cuajó todo eso que está hecho porque sí no más, como un lugar donde vas poniendo cuestiones que eventualmente podrían servir para hacer algo y al final lo ocupé, en este caso para dar vuelta algunos fragmentos, además que también escribí como un 25% para (darle continuidad a) el libro, para que aparecieran ciertas cosas necesarias”.

Algo que recuerda a la descripción que hace Rivas de Clarice Lispector (“La pasión según G.H.”), quien “cultivó la originalidad sin esfuerzo. La falta de apego a la norma, el desacato, es esencial en su escritura. Desobedece sin pudor. Sus temas reiterados son la naturaleza fragmentaria del tiempo, el ‘yo’ insatisfecho. Sus ficciones y crónicas incursionan en el misterio”.

Para llegar a esta construcción de retazos, agrega el escritor: “hay libros de este tipo que cito, como ‘La tumba sin sosiego’, de Cyril Connolly, que también son fragmentos; las ‘Prosas apátridas’, de Julio Ramón Ribeyro; ‘Escritorio’, de Martín Cerda, son modelos de libros fragmentarios que me sirvieron, son muy distintos, por cierto, pero que tienen esta estructura de ir poniendo cosas que aparentemente no están demasiado ligadas y que, claro, cuando uno las lee se empiezan a



RIVAS TAMBIÉN ES AUTOR DE LOS LIBROS “ANIVERSARIO Y OTROS POEMAS” Y “TRAGEDIAS OPORTUNAS”.

unir, la estructura interna”.

—En una parte dices que en tu adolescencia jugabas con el diccionario “Pequeño Larousse” y es curioso cómo casi todas las personas ligadas a las letras tienen ese recuerdo.

—Uno lo leía, está lleno de imágenes, entonces era una una entretención, una fascinación y que te hacía saber cosas que no tenías para qué, de alguna manera, darte cuenta. O sea, lo leías para buscar una palabra y también (antes) había muchas horas muertas, en el sentido de que no era un mundo conectado, entonces la posibilidad de agarrar un libro para entretenerse era grande.

—¿Qué dispositivo ahora, aparte del celular, podría reemplazarlo?

—La calle, un lugar donde estaba la gente (ríe). El barrio era mucho más transversal en Chile y también estaban las enciclopedias, las bibliotecas de distintas zonas de Santiago que uno sabía que eran buenas porque había gente que donaba libros, no necesariamente porque se habían comprado.

—¿Que iban quedando de una generación a otra?

—Claro. Hay bibliotecas que la gente dona, hay un conocimiento que se va transmitiendo de una generación a otra, así como amigos que te enseñan cosas o dónde buscar: eso se aprende con una edad, a los 15, 16 años, y después con amigos más viejos, escritores que empiezas a conocer, Germán Marín (“Un oscuro pedazo de vida”) en mi caso, que te enseñan a buscar información en otros lugares, otra especie de libros, eso es muy alucinante.

—Esas bibliotecas ahora se encuentran en Mercado Libre, parece que las nuevas generaciones se dedican a venderlas.

—Los libros no han logrado convertirse, como era hace unos años, en objetos que daban a las casas una sensación de orgullo, de gente que trataba de ser más culta en la vida, todo eso se ha ido perdiendo. Los libros estaban en la sala, en el comedor, vendían muebles a medida para eso, chiquititos, más grandes, porque la gente en el fondo consideraba que le compraba algo a su familia, con revistas también, a veces libros baratos,

usados, pero eso significaba capital cultural. Y esa palabra desapareció, parece.

—En este día a día también señalas que “el trabajo creativo, el análisis o la conversación” son formas de combatir el miedo, la incertidumbre: ¿por qué no se llega ahí?

—(Porque) frente a eso hay que resistir.

—Resistir es un verbo que lleva consigo el dolor.

—Sí, pero a veces también la estrategia, el lugar donde uno se para también es importante para resistir, como cuando una puerta te la quieren echar abajo: depende de dónde te pares, no de la fuerza que hagas, es que no la van a romper. Hay que tener una habilidad que se va desarrollando en la vida, una experiencia para saber resistir cuestiones que son incómodas, y la vida está llena de eso, entonces más que tirarse contra ellas en algunas ocasiones hay que ubicarse en un lugar que te permita terciar, pasar por debajo o definitivamente enfrentarla de una manera mucho más nítida eso es algo que, no sé, que se va desarrollando. Formas de resistencia personal.